



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

HOTEL DEL NORTE EUGÈNE DABIT

Traducción de Sara Álvarez Pérez



errata naturae

Al doctor G.-H. Moll van Charante

«Ya no se ve ni nuestra propia fealdad. Nada que distinga a uno de nosotros, que lo haga reconocible. Nada que atraiga la mirada, llame la atención y despierte el amor. Ya no somos ni pintorescos. No somos amables ni conmovedores. Cada uno de nosotros, tomado de forma individual, parecería un mal héroe de novela. Es banal y su vida es banal. No escapa jamás al orden como de una miseria vulgar».

JEAN GUÉHENNO, *Caliban parle*

PRIMERA EDICIÓN: noviembre 2012

TÍTULO ORIGINAL: *L'Hôtel du Nord*

© de la traducción, Sara Álvarez Pérez, 2012

© Errata naturae editores, 2012

C/ Río Uruguay 7, bajo C

28018 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-35-0

DEPÓSITO LEGAL: M-34871-2012

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada

para Inmedia (Cáceres)

MAQUETACIÓN: María O'Shea

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Émile Lecouvreur sacó el reloj, que marcaba las dos y veinte. El señor Mercier, corredor de fincas, había quedado con él en el muelle de Jemmapes, cerca del puesto de vigía, a las dos en punto. Buscó mentalmente una excusa para el retraso, y dijo a su mujer y a su hijo, que se impacientaban: «Es un tipo que sabe lo que hace, podemos fiarnos».

Miró con ojos codiciosos el Hotel del Norte, que se erigía al otro lado de la calle.

Louise Lecouvreur propuso:

—¿Y si entramos? Diremos a los Goutay que somos los compradores. Para entonces, el señor Mercier ya habrá llegado.

—¡Mira! Precisamente ahí viene —dijo Lecouvreur. Se estiró las mangas y se tocó torpemente la gorra. Era consciente de estar en un momento decisivo de su vida. Quedó fascinado por la importancia del personaje que se dirigía hacia él.

El señor Mercier no tuvo ningún problema en explicar su retraso. Lo atribuyó a una subasta con impago del adjudicatario, que se había complicado por un «avalúo problemático». Lecouvreur asintió con gravedad. Debía de tratarse, pensó, de una enfermedad.

Cruzaron la calle, el señor Mercier al lado de Lecouvreur, y Louise detrás con su hijo Maurice. El señor Mercier abrió la puerta del hotel; le cedió ceremoniosamente el paso a Louise Lecouvreur, quien, con las mejillas encendidas, permanecía detrás de su marido.

Philippe Goutay, en la barra, secaba unos vasos. Se hicieron las presentaciones. La señora Goutay apareció en el umbral de la cocina. Se excusó por haber sido sorprendida con aspecto de fregona.

—Estaba lavando los platos —dijo—. Voy a cambiarme de mandil y estoy con ustedes.

La visita al hotel comenzó. Se accedía al primer piso por una escalera estrecha y empinada que formaba un recodo a medio camino para albergar el hueco de una ventana. En el rellano se abría un pasillo que conducía a las habitaciones. La luz llegaba de un pequeño patio interior que el grupo atravesó por una pasarela, y a continuación se hizo la oscuridad en el pasillo.

Lecouvreur se inquietó:

—Pero... fíjese: si parece que estamos en un túnel.

Todo estaba negro, era imposible leer los números de las habitaciones en las puertas. El señor Goutay hizo notar que en febrero se hacía de noche muy pronto. En verano el pasillo resplandecía. Añadió, espléndido:

—Además, hay electricidad por todas partes... —y después de una pausa—: incluso en los retretes.

Los visitantes marchaban en fila. En la oscuridad, las puertas, colocadas cada dos metros, parecían tan sólo manchas de un negro más denso. Lecouvreur contó trece, todas

a su izquierda. Una vez visitado el primer piso, volvieron sobre sus pasos y llegaron al segundo. Fue entonces cuando Louise Lecouvreur pidió ver las habitaciones.

La señora Goutay, con afectación, le respondió:

—Por supuesto, señora, por supuesto. Aquí nos gustan las cosas claras... Philippe, ¿tienes las llaves?

Al azar, o eso pareció, el señor Goutay abrió una puerta. La habitación era tan pequeña que apenas cabía más de un visitante a la vez. Entraron los seis, por turnos. Louise Lecouvreur se tomó su tiempo. Una luz gris ceñía las cortinas desgarradas; un papel con flores desteñidas entristecía las paredes; la cama se encontraba embutida entre un armario de madera blanca y el tocador; en un rincón, cerca del bacín, estaba tirado un par de zapatos viejos. La estrechez, la miseria, el olor de ese lugar producían una sensación de malestar. Louise Lecouvreur se giró. Sus compañeros habían desaparecido. Los oía charlar en el pasillo; sin duda, visitaban otras habitaciones. Para ella, una había sido suficiente.

A Émile Lecouvreur no le sorprendió ver tanta indignancia. La guerra lo había curado de espantos; y también las noches en los graneros, o incluso «en el albergue del cielo estrellado», como decía riéndose. Había que considerar también el precio de las habitaciones: con esa tarifa, ¿acaso se podía encontrar algo mejor? Además, toda esa suciedad era buena prueba de que los inquilinos no se preocupaban mucho por la limpieza; la falta de confort no parecía molestarlos. Por otro lado, ¿para qué servían las habitaciones? Para dormir, nada más.

—Se acostumbrarán —empezó a decir el señor Goutay—. No hay que pedir lo imposible. Aquí, con las fábricas del barrio, hay una buena clientela de obreros, todos honestos, pagan bien. Nunca fie, eso es la muerte en nuestro comercio... La casa de detrás no tiene nada de grandiosa, claro... Haría falta un buen apaño. Pero qué quiere, con los tiempos que corren, sólo las casas de citas pueden pagar el precio de las reformas...

Se detuvo un momento y prosiguió:

—Pero esto no es una casa de citas...

Los Lecouvreur dijeron al unísono:

—Por supuesto, no queremos una casa de citas...

El señor Goutay se mostró de acuerdo:

—Para estos señores es como para nosotros. Las mujeres, sí, dan trabajo, no hay duda, pero qué problemas provocan. Por cualquier tontería... ¡ya tienes a la policía hurgando en los papeles! ¡Aquí no hay nada de eso! Con los obreros, algunas jovencitas y, en el tercer piso, las parejas (sin hijos, claro), somos una auténtica familia... ¡Ah, lo olvidaba! Hay también viejos inquilinos que acabarán sus días en el hotel. —Bajó la voz—: Unos desgraciados, una pena de clientes a quienes no podemos subir la tarifa.

El grupo alcanzó el tercer piso. La luz pasaba por una cristalera que daba al cielo abierto. En este rellano habían instalado un lavabo y los retretes. El pasillo era bastante luminoso. Con el ruido que hicieron los visitantes, las puertas se entreabrieron.

—¡Las parejas! —explicó la señora Goutay.

Lecouvreur siguió al señor Goutay hacia un desván que servía de trastero. Los dos hombres examinaron la buhardilla y subieron al tejado. Desde allí, unidos por una fina pasarela, se divisaban el muelle de Jemmapes y el de Valmy. Carromatos cargados de arena bordeaban las orillas. A lo largo del canal, las chalanas se deslizaban, lentas e hinchadas como ganado.

Lecouvreur, a quien estas cosas normalmente dejaban indiferente, dio un grito:

—¡Ah, qué vista! ¡Sí que están bien situados! —Después añadió—: Soy parisino de toda la vida, pero, fíjese, no conocía este rincón. Parece que estamos a la orilla del mar.

Se había parado cerca de una chimenea y pensaba. Una arruga atravesaba su frente y daba solidez a su rostro, a sus pequeños ojos curiosos. Los vapores se arremolinaban en la noche; grandes nubes cubrían el cielo hacia el arrabal de Temple. El ruido de París subía por todas partes como una confusa exhortación. De repente, se decidió: había que comprar el hotel a cualquier precio.

—Si quiere bajar a visitar la vivienda... —le dijo el señor Goutay.

Pero una laxitud lo invadía. Una vez llegado a la parte de abajo de la escalera, sintió una emoción indefinible que se aferraba a su garganta. Un sentimiento confuso brotaba de su corazón, el pensamiento de las despedidas cercanas, del abandono y, delante de este lugar aún extraño, una mezcla de desamparo y confianza, un regusto a peligro y a aventuras tan violento que lo sobrecogía. No, realmente, no tenía fuerzas para continuar la visita.

Por lo demás, la noche caía, los clientes comenzaban a volver. Era mejor no llamar su atención antes de haber alcanzado el acuerdo definitivo.

Prometió al corredor de fincas que al día siguiente le daría una respuesta, ya fuese sí o no. Y se sintió feliz al acercarse y apoyarse en la barra cuando el señor Goutay le propuso beber algo.

II

Al llegar a su casa, los Lecouvreur comentaron los acontecimientos del día.

—Unos auténticos auverneses, estos Goutay —comentó Louise—. No tienen nada que envidiar al desorden de sus inquilinos. Te apuesto lo que quieras a que ella pasa el rato jugando a la malilla con los clientes. ¿Has visto cómo tiene la casa? El cubo de la basura en medio de la cocina. Y el color del paño para secar los vasos que había en la barra... ¡Se le quitaban a una las ganas de beber! Las habitaciones también están descuidadas, pero con una pasadita y un poco de gusto podríamos conseguir algo coqueto. Mira, qué quieres que te diga: ¡la señora Goutay bebe! ¡Tenía una resaca que no me sorprende nada que...!

Lecouvreur camina en silencio. La charla de su mujer confirma sus impresiones. Este acuerdo le parece, para su proyecto, una prueba de éxito. En otro tiempo, después de mucha conversación, cuando su cuñado, un comerciante rico, le propuso prestarle el dinero para la compra de un pequeño hotel, Louise no pudo ocultar su temor ante el riesgo de un futuro incierto. Una decisión tan intrépida chocaba con su prudencia y con su simplicidad de obrera. Para ella la felicidad era vivir con los suyos sin desempleo

ni enfermedades. Iban a comprar una finca. ¿Y después qué? Ni ella ni Émile sabían cómo llevar un hotel. ¿No era eso tentar a la suerte, pedirle a la vida más de lo que puede dar? «Nunca hemos sido patrones», observó.

Lecouvreur aguantó el tipo. Y ahora Louise está más tranquila. Desde que el proyecto ha empezado a tomar cuerpo, se deja llevar por la ilusión y la confianza. ¿Acaso no se ve lavando, lustrando, poniendo «un poquito de cretona» en las habitaciones? Un mundo virgen se abre ante ella, una oportunidad, al fin y al cabo, de embellecer sus días, de establecerse...

Lecouvreur, muy resuelto, no se exalta. Pero ¡qué placer percibir el entusiasmo de su mujer! Le sonríe y anima con una palabra o una simple presión en el brazo mientras que especula mentalmente acerca de los beneficios que conseguirá de los ocho años de arrendamiento. De vez en cuando se inclina sobre su hijo, y con una voz temblorosa de felicidad:

—Creo que va a ser un buen negocio, Maurice...

Bajan por el bulevar Barbès. Avanzan de frente sobre el asfalto que es su suelo natal. De frente, unidos, y el mundo se abre frente a sus esperanzas. Sus ojos resplandecen. Qué bien sienta vivir una tarde como ésta, a la hora en la que encienden las farolas, las rampas eléctricas, los letreros y los escaparates tornasolados. Las antiguas miserias quedan olvidadas... Louise ya se imagina en las rebajas de La Maison Dorée, los dedos sosteniendo montones de tejidos. Se detiene, los latidos de su corazón la sobrecogen. A Lecouvreur le gustaría compartir su alegría con todos.

Pero no se va a poner a cantar, a correr por la acera, a abrazar a su mujer...

De repente, exclama:

—¡Vamos a cenar a un restaurante!

Quedan encantados con esta decisión imprevista. Pero ¿adónde irán? Su entusiasmo queda turbado por una timidez de la que no se pueden defender. Para empezar, calibran con cautela los precios en los letreros luminosos, después sacrifican la prudencia al ardor que los subleva.

Lecouvreur, decidido, empuja la puerta de una fonda. Entran en una sala donde tres lámparas de araña despiden una luz cegadora. Se sientan a una mesa pequeña. Sobre el mantel de un blanco níveo resplandecen los vasos y la cubertería de plata de imitación.

Semejante lujo los intimida. Un camarero les presenta el menú, espera su pedido.

Louise lee en voz alta la lista de los manjares, un atisbo de codicia atraviesa sus ojos.

—Venga, pequeña, decídete —dice Lecouvreur.

—Mmm, no sé... ¿Tomamos sopa? ¿Entrantes? ¡Ay, to-
ma, elige tú!

En casa, Louise cocina porque no le queda otra; es la última faena una vez terminado el trabajo. Pero este restaurante se parece a un cuento de hadas... Aquí no sólo se sacia el hambre, sino que se alivia la gula de todo un año.

—¡Camarero, tres de sesos! —pide finalmente Lecouvreur.

Desdobra su servilleta. Y con una voz varonil que su mujer no le conocía:

—¿Qué quieren beber? ¿Blanco, tinto?

—Yo quiero sidra —exclama Maurice.

—Yo, un poco de blanco —pide Louise.

Comen en silencio, con una especie de fervor. La abundancia de comida colma sus sentidos y sorprende su espíritu...

Tras el postre, el café. Lecouvreur llama a Maurice «Toto», como antaño. Mira afectuosamente a su mujer, cuyo rostro, siempre grave y un poco triste, se ha dulcificado.

—Éste es un día que no olvidaremos jamás —dice—. Es como el día de la amnistía... —Baja la voz—: Tendremos que poner a tu hermano al corriente, Louise...

Pero los clientes se retiran, se puede conversar a gusto. Los Lecouvreur se afirman en su resolución. El camarero de la sala, apagando una de las lámparas, les recuerda la realidad.

—¿Y si acabásemos la noche en el teatro? —propone Maurice.

Lecouvreur sacude la cabeza.

—Es mejor que volvamos. Hay que estar bien dispuestos para mañana.

Caminan tranquilamente, un poco aturdidos por la calidez de la comida. Cae una lluvia fina; las calles están desiertas; pero para ellos la noche es triunfal y cómplice de sus sueños. Cruzan la plaza Jules-Joffrin. Ahí está la iglesia de Notre-Dame de Clignancourt; de frente, el consistorio donde los Lecouvreur se casaron. ¡Qué lejos queda todo aquello, después del largo camino recorrido!

—¿Te acuerdas? —murmura Louise, que se apoya con ternura sobre el brazo de su marido.

Está turbada por la confianza. Esta visita al Hotel del Norte se prolonga en su interior, enigmática. Nunca hubiera imaginado semejante ambiente. ¿Puede que esté destinada a encuentros extraños? ¡Bah! Hay que aferrarse a la vida. Y lo desconocido no carece de atractivo ni de beneficios. Y ya han sido suficientemente despreciados porque vivían en la buhardilla; se creía que eran pobres, que no tenían contactos. «Todo va a cambiar», piensa.

III

Lecouvreur se despertó después de un hermoso sueño. Apenas se hubo instalado en el muelle de Jemmapes, el hotel ya se había quedado pequeño para su clientela. Había que construir un piso más. Una muchedumbre de curiosos se abalanzaba hacia él; desde el tejado se veía el mar...

Lecouvreur se levantó sonriendo por tan felices presagios. Le habría gustado contárselos a su mujer, pero ella dormía. Se lavó y sacó su traje nuevo del armario; se sentía dispuesto, lleno de seguridad. La noche lo había aconsejado. ¡Era un «sí»!

A las nueve llegaba a casa del corredor de fincas.

Un hombre honesto, Mercier. Por fortuna, pues Lecouvreur no entendía gran cosa de los papeles que le daba para que los leyese. El contrato de venta le parecía oscuro, complicado, un auténtico galimatías con sus catorce cláusulas. No se atrevía a moverse ni a pedir muchas explicaciones, mucho menos a levantar los ojos en el despacho, cuyas paredes, atestadas de expedientes, le impresionaban.

Se pasó la mano por la frente como para espantar la angustia que le agarrotaba la cabeza. Estaba sudando. Algunas frases difíciles bullían en su cerebro. ¡Todo habría sido

tan simple sin estos papelotes! Finalmente, desamparado, lastimoso, consintió en todo.

El señor Mercier se levantó y le golpeó en el hombro:

—Ya es usted propietario... Una mina de oro, esa casa...

—¿Usted cree?—dijo Lecouvreur—. No me gustaría despilfarrar el dinero de mi cuñado.

La importancia de su acto lo sobrecogía. Nervioso, daba vueltas a la gorra entre los dedos.

El señor Mercier sonrió.

—Antes de ocho años será rentista... —Le dio la mano—: Hasta esta noche, en casa de Goutay.

Lecouvreur, tranquilo, se acercó al Marais, el barrio donde había trabajado mucho tiempo como repartidor. Quería volver a ver a sus amigos.

Entró en la tienda de varios vendedores de vino y contó, adornándola un poco, su aventura a los amigos. Lo rodeaban y felicitaban. ¡Se merecía su buena suerte!

El día pasó entre licores y despedidas. A las ocho se encontró con su mujer y su hijo en casa de los Goutay, que daban una cena para festejar la firma del contrato de venta.

Los Goutay habían juntado dos mesas en la trastienda. Sobre el mantel blanco se alineaban los platos, los entremeses, por no hablar de las botellas, desde oporto hasta borgoña añejo. En el centro de la mesa humeaba ya la sopera.

Los invitados llegaron. Se sentaron. Goutay sirvió el oporto.

—Bébanse esto, y ahora me dirán. —Chasqueó la lengua, levantó su vaso—: Por ustedes.

A continuación cada uno bajó la nariz hacia su sopa y no se oyó más que un ruido de cucharas. Después de los entremeses, Goutay llenó los vasos de un vino «de la tierra» cuyo buqué alabó entornando los ojos. Se hablaba ya de negocios, naturalmente. De repente, el señor Mercier dijo en un tono concluyente:

—Dejemos eso, ya no son horas.

A los postres, Goutay, con el rostro risueño, descorchó una botella de vino espumoso.

—Vamos a acabar con su bodega —apuntó Lecouvreur, emocionado por semejante acogida. La comida copiosa, el borgoña, las libaciones del día, todo contribuía a enternecerlo.

Se levantó, con el vaso en la mano, y dijo:

—¡A la salud de nuestros sucesores!

—¡No, no! —le interrumpió el señor Mercier—, ¡que no es así! Ahora el dueño es usted.

Lecouvreur intentó arreglarlo, pero todo el mundo reía y volvió a sentarse. Los clientes, atraídos por el ruido, habían invadido el local poco a poco.

—¡Menuda juerga! —dijo una voz de acento meridional.

—Sí, señor Pluche —replicó Goutay—. Acérquese y le presentaré a nuestros sustitutos.

Allí estaban Mimar, el compadre Louis, Pélican, el compadre Deborger, Dagot, los «viejos» del Hotel del Norte, y Latouche, el transportista de al lado.

Goutay los presentó uno a uno y después, con una piñeta divertida, dijo:

—¡Invito a una ronda general, muchachos!

Seguía sorprendiendo a todo el mundo. Estaba un poquito achispado cuando le propuso a su mujer que bailasen la *bourrée*¹. Con las sillas metidas en la cocina y las mesas pegadas a las paredes, Marthe Goutay y su marido se deslizaron sobre las baldosas e hicieron torpes trenzados.

Goutay se acompañaba cantando. Los espectadores chocaban las manos y se retorcían de risa. ¡Qué buen tipo, el patrón!

El señor Mercier, Louise y su hermano charlaban en un rincón. Lecouvreur pasaba de un grupo a otro, brindaba, buscaba inspirar confianza a sus futuros clientes y miraba a su alrededor con placer y ternura. ¡Qué simpático era todo el mundo! Entre el humo que oscurecía el café, veía transcurrir sus sueños de futuro.

Goutay echó un vistazo al reloj de péndulo.

—¡La una, demonios! —dijo, dejando de bailar—. No es momento para multas. Vamos a tener que echar el cierre.

Diez minutos después, los Lecouvreur dejaron a sus amigos y cruzaron el canal por la pasarela. Se detuvieron un instante para mirar el Hotel del Norte. No se veía gran cosa a esas horas. Una farola apenas permitía distinguir las ventanas del primer piso; el resto se perdía en la noche.

Louise sintió morir la confianza que hasta entonces la había mantenido feliz. Ésa era la casa en la que iban

¹ Baile tradicional auvernés (N. de la T.).

a vivir... Giró la cabeza y se estremeció. El canal estaba desierto, a su lado caía el agua desde una esclusa con un ruido siniestro. Se abrazó a su marido.

—Émile, vamos a casa.

IV

Unos pocos días después, los Lecouvreur se mudaron. Colocaron sus muebles al buen tuntún en la parte de atrás del local. Louise se encargaría más tarde de poner orden...

La cocina, iluminada por una cristalera, era una prolongación del café; acababa en un triángulo ocupado por el armario de la ropa sucia y el del cubo de la basura. A continuación se abría una habitación cuadrada, de techo alto, con las paredes desnudas perforadas por dos ventanas. El espacio de debajo de las escaleras lo ocupaba un cuchitril oscuro, sin más iluminación que una puerta de cristal: el despacho. Se componía de una silla, el cuadro de luces y la cama de hierro del portero.

Los Lecouvreur, habituados a vivir con estrecheces, no disimulaban su satisfacción por la casa.

«Pueden considerarse afortunados», decía la señora Goutay. «Muchos comerciantes viven en malas condiciones. El obrero ni lo sospecha, cree que todo es de color de rosa para nosotros. Pues bien: no, el oficio de comerciante no es tan fácil como parece... No quiero desanimarlos, pero es la verdad. Hay que estar siempre a disposición de todo el mundo, hacer favores, escuchar cotilleos. Sin eso, el cliente le deja. Nunca tranquilos, siempre a merced de un hombre borracho. Y los domingos, aquí, ¡al pie del cañón!».

Los Lecouvreur no escuchaban la charla. En su interior campaba la impaciencia del campesino que va a tomar posesión de un bien codiciado durante mucho tiempo.

Lecouvreur se había anudado un mandil azul sobre el vientre, se había subido las mangas de la camisa, y se había calado la gorra hasta los ojos para imponer más. El señor Goutay, cerca de la barra, le ponía al corriente. Inventariaron los licores: el Amourette, el Junod, el Anís del Oso, que sustituyen a la absenta de antes de la guerra; el Byrrh, la quina, el Dubonnet, bebidas inofensivas; el vermú, la angostura, el Cinzano, y tantos otros frascos cuyos destellos animaban la vista antes de tentar a la sed.

Con los recibos en la mano, el señor Goutay le daba las direcciones de los proveedores; después, en un vaso de licor, indicaba con agua las proporciones de las mezclas, así como la forma de «hacer espuma», para no llenar el vaso hasta el borde.

Eran las cuatro, todo el mundo estaba trabajando y el local estaba vacío. De repente, la puerta se abrió y entró un hombre como un torbellino:

—¡Un tinto!

El señor Goutay puso un vaso sobre la barra y le pasó la botella a Lecouvreur. Le miró servir.

—Cincuenta céntimos —dijo.

Pero no tocó la moneda que el cliente había dejado. Fue Lecouvreur quien la recogió y la introdujo en la caja con una satisfacción interior.

Llegaron más clientes. Lecouvreur les sirvió y después secó el cinc de la barra con una bayeta, aclaró los vasos en

un barreño con agua y comprobó de un vistazo si estaban limpios: «¡Amigo, va a acabar agotado!», comentó el señor Goutay.

¡Ni hablar! A Lecouvreur le parecía que había realizado este oficio durante toda la vida. Estaba resplandeciente, su sueño hecho realidad lo colmaba de confianza. A veces cometía alguna torpeza: romper un vaso, confundir las bebidas, pero el señor Goutay lo consolaba riendo: «Beneficios y pérdidas», decía.

Este CAMBIO DE PROPIETARIO que anunciaba una pancarta de percal situada en el escaparate revolucionaba el hotel. Los inquilinos desfilaban por la barra. Se sorprendían de encontrar a Lecouvreur ya al mando. El rostro del señor Goutay estaba iluminado por una gran sonrisa. Con familiaridad puso la mano sobre el hombro de su protegido, y con una voz persuasiva:

—Ya veréis, muchachos, ¡es un as! —Le hizo señas a Louise para que se acercase—. ¡No se la van a comer! —Después la presentó.

Habían roto el hielo. Lecouvreur estrechaba manos, servía las consumiciones con celo de aprendiz y se mezclaba en las conversaciones, que siempre acababan en la política, como en todos los cafés. No se sorprendía si los clientes, cuando les servía las bebidas, lo trataban en broma de «envenenador».

Codo con codo, detrás de la barra, el señor Goutay le decía a Louise:

—Ya verá, será así todos los días.